

X Semana del Tiempo Ordinario (Año Impar)

Viernes

Jesús nos ayuda a vivir el amor y educar los deseos: en la oración encontramos el camino

“«Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna. «También se dijo: El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio. Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer, excepto el caso de fornicación, la hace ser adúltera; y el que se case con una repudiada, comete adulterio” (Mateo 5,27-32).

1. Jesús, nos hablas de la interioridad de la moral: **“todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.”** Nos dices que la castidad no es sólo evitar la traición en los actos, sino también en los deseos: **“La virtud de la castidad, por tanto, entraña la integridad de la persona y la integridad del don”** (*Catecismo* 2337). Lo que cuenta para ti es el fondo de los corazones. Lo que mancha al hombre no es su cuerpo, sino su mente, su deseo, su intención. **Introduces un nuevo valor: el respeto profundo de sí mismo, el respeto del otro sexo, la nobleza del amor...** En aquel entonces, en Israel, el divorcio era legal; pero tú Jesús nos haces ver que la moral conyugal, la moral sexual, no es ante todo una lista material de actos permitidos y de actos prohibidos... es una actitud interior, mucho más exigente que pide una continua superación. Hay una ley natural impresa en el alma, Señor, y pienso que el deseo sexual lo has puesto para proteger el bien de la familia, de modo parecido que el de comer lo has puesto para bien de la vida propia. Te pedimos que sea en función de ese bien que ordenemos nuestros apetitos: ven a ayudarnos. Sin ti no podemos seguir tu evangelio.

-“Si tu ojo te pone en peligro, sácatelo y échalo fuera”... Son palabras de una dureza tremenda. El cuerpo humano no es malo. El recelo hacia él no es una actitud cristiana. Jesús, sé que no quieres que nadie se mutila, usas un sentido simbólico aquí, tus palabras hay que leerlas en el contexto de tu Evangelio, que nos habla del cuerpo como parte de nuestra vida y hay que respetar la vida. Te refieres a evitar la ocasión, con fuerza, energía.

-**"Se os ha dicho: "El que repudia a su mujer, que le dé acta de divorcio". Pues yo os digo: 'Todo el que repudia a su mujer, fuera del caso de unión ilegal, la lleva al adulterio, y el que se case con la repudiada, comete adulterio'".** Has cambiado aquí, Jesús, la Ley de Moisés, llevando todo a sus orígenes. La Alianza está perfeccionada por una Ley nueva, volviendo todo a una intención original de Dios, expresada en el relato de la creación (Gn 1,26); como dirás en otro pasaje: **"en el principio no fue así"** (Mt 19,1-9). "La unión ilegal" serían los que no están casados. Te pedimos, Señor, que veamos todos que esta exigencia "salva el amor" de todo lo que, tan fácilmente, lo destruiría. Hay que leer este pasaje con su complemento: la actitud tan comprensiva de Jesús para con la mujer adúltera (Jn 8,1-11), para ver que no estamos en una religión del miedo sino del amor y del perdón. Que no se juzga aquí las personas sino que se interpreta la ley. Y bien podemos preguntarnos: ¿somos nosotros, cada uno de nosotros, tan buenos como lo fue Jesús con las pobres libertades humanas desfallecientes? (Noel Quesson).

Las antítesis entre lo que se decía en el Antiguo Testamento y lo que tú nos propones, Jesús, te llevan hoy a tratar la fidelidad conyugal, como ayer lo hacías sobre la caridad fraterna. Pones tu autoridad: **«Pero yo os digo»**. Tus palabras son un canto a la libertad, para salir del yugo de la esclavitud de tanta ley. Vas al fondo de la cuestión. Libertad es ir a la verdad, al bien del amor. Dejarse guiar por el espíritu de Dios. Es la forma de liberarse de la Ley que oprime, para vivir la Ley del amor. Eres más exigente. Buscas profundidad, invitas a ir a la raíz de las cosas. La fuente de todo está en el corazón, en el pensamiento. Hablas con la autoridad de Dios, por encima de la de Moisés, por eso tu Torá es la auténtica Ley. Aquí nos dices hoy: no más divorcios.

Juan Pablo II, en su teología del cuerpo, habló de este pasaje y de su significado: cuando **el hombre «mira con concupiscencia» define sus intenciones, la mujer se convierte en objeto; se trata de un acto «puramente interior», escondido en el corazón**. La mujer, que "existe perennemente «para el hombre» esperando que también él, por el mismo motivo, exista «para ella» queda privada del significado de su atracción en cuanto persona, la cual, aun siendo propia del «eterno femenino», se convierte, al mismo tiempo, para el hombre solamente en objeto": se pasa del respeto a considerarla objeto, y de ahí las palabras duras de Jesús: **«Ya adulteró con ella en su corazón»**.

La mujer, "sujeto de llamada y atracción personal o sujeto de «comunidad»", es vista como objeto, **pero todavía no estamos en el ámbito de la voluntad; si arrastrara a la voluntad a su estrecho horizonte, si se diera el caso, "sólo entonces se puede decir que el «deseo» se ha enseñoreado también del «corazón»"**, que es el pecado del que habla Jesús. Si se da esa «constricción», hay "pérdida de la

«libertad del don», connatural a la conciencia profunda del significado esponsalicio del cuerpo”.

Jesús, nos hablas “del modo de existir del hombre y de la mujer como personas, o sea, de ese existir en un recíproco «para», el cual (...) puede y debe servir para la construcción de la unidad de «comunidad» en sus relaciones recíprocas. En efecto, éste es el significado fundamental propio de la perenne y recíproca atracción de la masculinidad y de la feminidad, contenida en la realidad misma de la constitución del hombre como persona, cuerpo y sexo al mismo tiempo”.

Además, nos ayudas a ver el plan de Dios en el amor fiel en la vida matrimonial. La dignidad de la mujer estaba perjudicada con las separaciones sin causa, la ley permitía al marido repudiar a su mujer por cualquier causa, y ella quedaba solo con una carta de libertad. **Una fidelidad así exige, a veces, renunciaciones, porque puede haber motivos de separación.** Entiendo, Jesús, que prescindir de una parte (los ejemplos del ojo o de la mano), si son ocasión de escándalo, es como una amputación, para salvar el todo, el matrimonio, aun perdiendo algo. Extirpar defectos, cosas que hacen daño... **Prescindir de cosas personales (con la aparente pérdida de libertad) cuando esto va en bien común de la familia.** Aguantar, no precipitarse... tener paciencia. Aunque a veces puede ser buena una separación, pero también ha de verse como una amputación de una parte, para salvar el “todo” que peligra (paz familiar, formas de violencia)...

Señor, dame tu luz para ver. **Si dentro de nosotros están arraigados el orgullo, o la pereza, o la codicia, o el rencor, poco haremos para su corrección si no atacamos esa raíz. Si nuestro ojo está viciado, todo lo verá mal. Si lo curamos todo lo verá sano.** Las palabras agrias o los gestos inconvenientes nacen de dentro, y es dentro donde tenemos que poner el remedio, **arrancando el rencor o la ambición o el orgullo** (J. Aldazábal).

En la vida hay dos palabras importantes: amor y muerte. Eros y thanatos van unidos. Cuando se pierde la admiración por el otro, malo... comienza la muerte. Y nada consecuente ni oportuno puede decirse sobre la muerte sin asumir primero, quizá por mano del dolor, la seriedad de su paso y su veredicto. Jesús, nos muestras hoy que tomar “en serio” al corazón humano; tomas “en serio” al amor. Cuando decimos “te amo” es de alguna manera sagrado; de ahí la seriedad con que todos hemos de defender el amor (Fray Nelson).

2. –**“Este tesoro de la luz divina lo llevamos como en recipientes de barro sin valor”.** Estamos hechos de barro de la tierra (Genes. 7,7), de barro de botijo: frágil, quebradizo, inconsistente. Pero ya habéis visto cómo arreglan esas vasijas de cerámica que se hicieron

pedazos: con lañas, para que sigan sirviendo. Los cacharros recompuestos así, son incluso más bonitos: tienen una gracia particular. Se ve que han servido para algo. Si siguen sirviendo, son espléndidos. Además, esas vasijas, si pudieran razonar, no tendrían soberbia nunca. Nada tiene de extraño que se hayan roto, y menos aún que las hayan arreglado, sobre todo si se trataba de algo insustituible... El conocimiento de la propia insuficiencia nos da a entender una dimensión más profunda de la necesidad de ser instrumentos de Dios. Y como queremos ser buenos instrumentos, cuanto más pequeños y miserables nos sintamos con verdadera humildad, todo lo que nos falte lo pondrá Nuestro Señor... recordando la miseria de que estamos hechos, teniendo presentes los fracasos que causó nuestra soberbia, ante la majestad de ese Dios —de Cristo pescador— hemos de decir lo mismo que Pedro: **"Señor, yo soy un pobre pecador"**. Y entonces Jesucristo nos repite lo que también nos dijo cuando nos metió en su red, al llamarnos (Lc 5,10): **"desde ahora serás pescador de hombres"**: con mandato divino, con misión divina, con eficacia divina... Cuando llega la noche y hago el examen y echo las cuentas y saco la suma, la suma es: soy un siervo pobre y humilde... Digo muchas veces: **"no desprecias, Señor, un corazón contrito y humillado"** (Sl 50,19). No lo digo con humildad de garabato.

Si el Señor ve que nos consideramos sinceramente siervos pobres e inútiles, que tenemos el corazón contrito y humillado, no nos despreciará, nos unirá a Él, a la riqueza y al poder grande de su Corazón amabilísimo. Y tendremos el endiosamiento bueno: el endiosamiento de quien sabe que nada tiene de bueno, que no sea de Dios; que él, de sí mismo, nada es, nada puede, nada tiene... Por eso, si los demás —porque el Señor, en su bondad, no les deja ver nuestra fragilidad— nos tienen por mejores que ellos, nos alaban y muestran desconocer que somos pecadores, debemos pensar y meditar en el fondo de nuestro corazón, con humildad verdadera (Sl 70,7): **"llegué a ser, para muchos, como un prodigio; pero bien sé que tú, Dios mío, eres mi fortaleza"**... San Pablo se sabe el último de los apóstoles, pero siente también el mandato de evangelizar. Como tú y como yo. Tú sabrás cómo eres. De mí te puedo decir que soy una pobre cosa, un pecador que ama a Jesucristo. Por gracia de Dios no le ofendemos más, pero me siento capaz de cometer todas las vilezas que haya cometido cualquier otro hombre... Dios, cuando desea realizar alguna obra, emplea medios desproporcionados, para que se note bien que la obra es suya. Por eso vosotros y yo, que conocemos bien el peso abrumador de nuestra mezquindad, debemos decir al Señor: aunque me vea miserable, no dejo de comprender que soy un instrumento divino en tus manos. No he dudado jamás de que los trabajos que haya hecho a la largo de mi vida en servicio de la Iglesia Santa, no los he hecho yo: sino el Señor, aunque se haya servido de mí: no puede el hombre atribuirse nada, si no le es dado del cielo (Jn 3,27)... Por eso, cuando con el corazón encendido le decimos al Señor que sí, que le seremos fieles, que estamos dispuestos a cualquier

sacrificio, le diremos: Jesús, con tu gracia; Madre mía, con tu ayuda. ¡Soy tan frágil, cometo tantos errores, tantas pequeñas equivocaciones, que me veo capaz —si me dejas— de cometerlas grandes... Si alguna vez sentís que está en peligro esa gracia que Dios nos ha hecho, no os debéis extrañar, porque —ya os lo he dicho— somos de barro (II Cor 4,7): **una vasija de barro para llevar un tesoro divino**. No te hablo para ahora: te hablo por si acaso, alguna vez, sientes que tu corazón vacila. Para entonces te pido, desde este momento, una fidelidad que se manifieste en el aprovechamiento del tiempo y en dominar la soberbia, en tu decisión de obedecer abnegadamente, en tu empeño por sujetar la imaginación: en tantos detalles pequeños, pero eficaces, que salvaguardan y a la vez manifiestan la calidad de tu entregamiento (San Josemaría Escrivá).

-“Así resulta patente que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros”. Ayúdame también, Señor, a aceptar francamente mis pobreza, mis límites, permaneciendo vinculado a Ti inquebrantablemente, a fin de que tu poder resplandezca en mi debilidad. Descripción del estado psicológico del apóstol y -guardadas las proporciones- del cristiano: **-“Atribulados en todo... pero no abatidos... Perplejos... pero no desesperados... Perseguidos... pero no abandonados... Derribados... pero no aniquilados... Llevamos siempre en nuestros cuerpos la agonía de Jesús, a fin de que la vida de Jesús también se manifieste en nuestro cuerpo... Porque sabemos que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará con Jesús y nos colocará junto a Él”**.

3. **“¡Tengo fe!”**, pero hay problemas en la vida, y por eso añade el salmo: **«qué desgraciado soy... yo decía en mi apuro: los hombres son unos mentirosos»**. Pero, sobre todo, nos ha hecho expresar la confianza en Dios: **«rompiste mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza»**. Todo para que vaya creciendo la comunidad: **«cuantos más reciban la gracia mayor será el agradecimiento, para gloria de Dios»**. No estamos en este mundo sólo para salvarnos nosotros, sino para evangelizar, para ayudar a otros a que se enteren del don de Dios y lo acepten. **“Dios es veraz y todo hombre mentiroso”** (Rm 3,4). Nos sentimos poca cosa: **“¡Ah, Yahveh, yo soy tu siervo, tu siervo, el hijo de tu esclava, tú has soltado mis cadenas!”** Este agradecimiento por sus dones nos lleva al deseo de ofrecerle cosas: **“Sacrificio te ofreceré de acción de gracias, e invocaré el nombre de Yahveh. Cumpliré mis votos a Yahveh, sí, en presencia de todo su pueblo”**, hay una referencia al “cáliz de la salvación”, pues es en la Eucaristía que se vive en plenitud esa acción de gracias.

Llucià Pou Sabaté

